

RELIGIÓN Y MODERNIDAD PROTESTANTISMO EN CHILE

* Sociólogo. Universidad de Chile. Correo electrónico: arturo_chacon@terra.cl.

Arturo Chacón*

Se busca establecer aspectos relacionados con la difícil relación que lo religioso ha tenido con la modernidad, proveniente de Europa y Norteamérica, en nuestro continente. El conflicto entre lo que se ha presentado como universal frente a las particularidades existentes ha cubierto la historia de nuestros pueblos.

El desarrollo del protestantismo, especialmente en sus vertientes metodista y pentecostal, muestra una faceta particular de la relación de lo religioso con la modernidad en la sociedad chilena.

Palabras claves: Religión - Modernidad.

This paper seeks to establish some aspects related to the difficult relationship that religion has had with modernity, as coming from Europe and USA, in our continent. The conflict between what has been presented as universal vis a vis the existing particularities has covered the history of our peoples.

The development of Protestantism, especially in the versions of methodism and pentecostalism, shows a particular case of the relationship of religion and modernity in Chilean society.

Key words: Religion - Modernity.

El mundo religioso en este continente ha tenido una historia de difícil relación con la modernidad proveniente de Europa y de Norteamérica, en sus distintos aspectos y manifestaciones. La historia de esta relación ha sacado a la luz la dificultad de establecer universales que entran en conflicto con las particularidades existentes.

El cristianismo español, expresión de una modernidad temprana, llega a este continente en una combinación de elementos que reflejaban la tensión entre lo universal y lo particular. Ambos conjuntos de elementos entran en relación con las religiones autóctonas, produciendo simbiosis y yuxtaposiciones de distinta índole, en diversas partes, configurando la vida social en todos sus aspectos, incluyendo lo que va más allá de lo estrictamente religioso.

La configuración mencionada estableció diversos grados de extensión y profundización en cada caso, por lo que una generalización válida se hace difícil. En cada situación se estableció una configuración particular que es la materia de estudio, reflexión, investigación y discusión en diversos círculos académicos.

En el caso chileno que nos ocupa no hay muchas dudas respecto al hecho de que la sociedad fue organizada sobre la base de un cristianismo católico-romano de contrarreforma. Esto hizo que la comprensión de lo religioso se identificara con el ideario político. Los pueblos del continente, como en el caso chileno, se vieron sujetos a los avatares que trajo consigo la lucha por el predominio político y comercial de las potencias europeas de turno, a las cuales se agregó más tarde EE.UU. de Norteamérica. La lectura de lo religioso, en clave política, ha impedido profundizar la comprensión de la configuración social, y el papel de lo religioso en particular. (Salinas; 2000)⁽¹⁾.

(1) Este historiador chileno ha buscado, en su más reciente obra, entender lo que hemos llegado a ser más allá de las preocupaciones por el Estado, la cristiandad, el mercado, etc. Esto es lo que denomina la administración del logos. Es una invitación a releer la historia de nuestra América en otra clave: la reproducción material de nuestros pueblos.

El contexto político en que se implanta el cristianismo en esta parte del mundo consistió en la dominación no pacífica de los habitantes de esta tierra. Esto no amainó con el temprano mestizaje ya que, institucionalmente, no había otra salida. En el caso chileno la consolidación territorial del Estado no se iba a establecer hasta fines del siglo XIX, con la llamada Pacificación de la Araucanía.

La institucionalidad político-militar religiosa, no admitió fisuras. Las diversas ordenes religiosas participaron con entusiasmo en la labor de establecer una sociedad sujeta a los designios de la corona española. El sello de contrarreforma que adquiere, con la llegada de la orden de los jesuitas, va a tener consecuencias permanentes en el desarrollo de lo moderno en pugna con lo tradicional. La comprensión de la misión y su control consistió en que era lo que se tenía hacer, como se hacía y hacia quien debía dirigirse. La construcción jurídico-religiosa pasó a expresar la misión como la extensión y propagación de esta entidad jurídico-religiosa, por lo cual la organización eclesial llegó a jugar un papel preponderante en el establecimiento de la sociedad colonial. El catolicismo-romano es la religión oficial del Estado chileno hasta 1925, situación que va a influir decisivamente en el desarrollo de los acontecimientos a través de gran parte del siglo XIX y principios del XX. Lo jurídico-religioso pasó a ser el eje de las disputas y pugnas de este tiempo, por lo que los factores culturales quedan relegados a otro plano sin

perjuicio de su utilización en controversias específicas, ej. matrimonio civil, ley de cementerios y otros.

El protestantismo, presente por su negación, durante la colonia, sólo reconocido a través de las acciones de la Inquisición, no hace su aparición pública hasta el establecimiento de la República⁽²⁾. Durante el transcurso del siglo XIX contribuye al conocimiento de una versión renovada de la modernidad que, expresamente, se consideraba era la que convenía a los tiempos que corrían.

(2) Recientes publicaciones, producto de investigaciones históricas, precisan con mayores antecedentes el establecimiento del Protestantismo en Chile (Araya; 1999).

El metodismo, que es la expresión protestante en la cual concentraremos nuestra atención, llega a estas tierras en 1878, por lo que su expansión se confunde con la del Estado chileno y su consolidación. Su contribución a esta expansión y consolidación se manifestó en su trabajo en lo educacional y congregacional en diversas regiones del país, tanto en el norte como en el sur, (Snow; 1999:627-666) ayudando a la tarea ya mencionada. Su rápido crecimiento, no sólo en los incipientes sectores medios, sino también en los sectores populares, creó las condiciones para que la pugna entre lo moderno y lo tradicional adquiriera bríos renovados. Como veremos, esto iba a crear tensiones insostenibles al interior del propio metodismo, culminando en su división y la aparición del movimiento pentecostal chileno en 1909.

Antes de proceder al examen de este acontecer histórico del protestantismo chileno, debemos examinar el antecedente necesario que es la implantación y expansión del metodismo en Chile. Su rápido crecimiento, hasta el momento de su división, tuvo características muy particulares. La obra educacional fue extensa y no se concentró en el centro (Santiago y Valparaíso) sino en los extremos norte y zona centro-sur. Esta obra educacional le permitió establecer congregaciones en ciudades y pueblos que se iban desarrollando con el avance material que traía el ferrocarril y el incremento de producción industrial y agrícola. El metodismo inauguró no sólo congregaciones de habla inglesa sino de habla castellana, agregando la novedad de la predicación a la calle, lo que produjo controversias junto con su crecimiento. Si a esto agregamos, lo que ya se había realizado por otros anteriormente, con la distribución de Biblias, al llegar a la vuelta del siglo se percibía la presencia de una opción religiosa distinta, especialmente para los sectores medios y populares. Por primera vez el evangelio se proclamaba en la vía pública, con acceso a todos los que quisieran escuchar. La invitación a la lectura de la Biblia contribuía a la demanda por salir del analfabetismo. Escuelas nocturnas mixtas establecidas

por el metodismo ayudaban a muchos a salir de esta condición. El estudio bíblico creó una instancia de discusión inédita en círculos religiosos en el país. Se alejaba así del eje catolicismo romano versus laicismo, que había marcado las luchas llamadas religiosas. El carácter político que tuvieron estas luchas, sin duda, ayudó a crear nuevas condiciones para que metodistas, bautistas y grupos afines, pudieran realizar su tarea, sin tener que participar activamente en estas disputas. El hecho de que algunos evangélicos lo hicieron no implica que la gran mayoría estuviera también en ello.

El cambio que ofrecía el protestantismo evangélico era de carácter cultural y personal. De aquí que pudiera sobrevivir la virulencia que llegó a adquirir la confrontación política del eje catolicismo-romano versus laicismo. El que el metodismo haya llegado al país en medio de este conflicto, afectó a su tarea pero no la determinó. Debemos recordar que fue la época en que el Vaticano luchó contra el modernismo, al mismo tiempo que el movimiento de los trabajadores conmovía al mundo industrial de la época.

La controversia catolicismo-romano versus laicismo, estuvo teñida por un fuerte anticlericalismo que denotaba el carácter político y de lucha por el poder que la animaba. Lo que se buscaba era terminar con el vínculo que el cristianismo oficial tenía con el Estado. Este vínculo afectaba no sólo el quehacer propiamente político-partidario sino también aspectos cruciales para la vida social como la educación y la familia. Aunque este conflicto se ventiló básicamente a nivel de las élites establecidas y emergentes, no pudo evitarse que también se expresara en otros círculos de la sociedad. El metodismo crece en el contexto de estas controversias y esto lo obligó a tomar partido a nivel local, en que la disputa propiamente religiosa tomó un carácter distinto, especialmente en las numerosas discusiones entre sacerdotes y pastores y sus feligresías (Snow; 1999:741-765).⁽³⁾

(3) Selecciona para el período antecedentes de discusiones en diversos puntos del país.

La presencia y expansión metodista fue, sin lugar a dudas, un factor coadyudante en los intentos por romper el vínculo del cristianismo oficial con el Estado. La separación final de Iglesia-Estado en 1925 fue recibida por los metodistas y evangélicos en general, como un gran avance en términos de la libertad de religión. Sin embargo, el esfuerzo por establecer un Estado propiamente laico en Chile todavía está en curso, notándose avances y retrocesos en las últimas décadas.

Con el correr del tiempo y el, ahora, significativo crecimiento del mundo evangélico en Chile (alrededor de un 16% de la población mayor de 14 años), la preocupación por lo político, como actividad propia y legítima, se ha ido manifestando de diversas maneras: desde la presencia en todo el aspecto partidario, hasta el intento fallido de crear un partido propio. A diferencia de otras experiencias en esta parte del mundo, se ha optado por reconocer que el pueblo evangélico se distribuye en el espectro político-partidario en la misma forma que el resto de la población. Aquí prima más la pertenencia social y la tradición que otras consideraciones. Esto, a su vez, le ha permitido como un todo, posicionarse en lo social y no ser meramente tolerado. La relación con lo político se da, entonces, en términos que tienen que ver con posiciones que ayudan a lo que se denomina “el avance del evangelio”. De esta manera se entiende el apoyo a partidos políticos que establecieron las diversas instancias de control por el Estado lo referente a educación y familia, frente al predominio casi absoluto que tenía la religión oficial frente a estos aspectos de la vida cotidiana. La relación de algunas personas evangélicas con la masonería y partidos políticos de corte laicista, es manifestación de lo mismo⁽⁴⁾.

(4) Este aspecto está siendo investigado por historiadores como Juan Ortiz, aunque todavía en forma fragmentaria. Ver su tesis de licenciatura en Universidad de Concepción, “Los evangélicos y la política chilena” (1810-1891), 1990.

Un punto crucial en el “*avance del evangelio*” en Chile fue la división de la Iglesia Metodista en 1909. Este hecho ha sido comentado por casi todos los autores que han estudiado el mundo evangélico chileno, especialmente a partir de los '60. En relación a lo que estamos examinando hay que realizar un esfuerzo para entender lo acontecido no en clave política, la que ha predominado sin contrapeso, sino en clave cultural. En la medida que una sociedad construye su modernidad hay que tener en cuenta tanto los factores endógenos como exógenos, aunque sin pretender agotarlos todos.

En el caso que nos ocupa, estudios recientes han ido confirmando que la modernidad chilena tiene características particulares que se pueden resumir en la afirmación de que se acepta el proceso de modernización pero no tanto la modernidad que trae aparejada⁽⁵⁾.

(5) Un estudio acerca de los evangélicos es el de Talavera y Berger (2001).

Una de las notas características que se mantiene en la última década es que el mundo evangélico tiende a ser más conservador en materias atinentes a la sexualidad y la familia, compartiendo con el resto de la población las actitudes y opiniones referentes al trabajo la política y el desempeño de roles. Esto implica que la ética protestante no se refleja necesariamente en una comprensión distinta acerca del trabajo, aparte de cumplir con lo que se requiere. El carácter de empresa, trabajo independiente e innovador, que

se atribuye a la ética protestante no se manifiesta en forma significativa. Lo que sí se percibe y comprueba es una actitud reconocida como conducta más sobria y austera, por lo que la diferenciación se expresa más bien por el lado del consumo más que de la producción. La fiesta, el compartir con los demás, se practica en forma distinta a la cultura predominante, excluyendo el tabaco, alcohol, y el baile, en la mayoría de los casos. La movilidad social y económica es similar a la del resto de la población, aunque la asignación de recursos es diferente, por lo que su aprovechamiento se da en una forma que podemos considerar más racional, en que el materialismo desenfrenado se mantiene a raya. Aún no ha salido a la luz un estudio de períodos comparados con el seguimiento correspondiente, que busca establecer la magnitud de la diferenciación mencionada. La simple observación muestra que ésta existe, especialmente en los estratos bajos de la población donde el mundo evangélico tiene una presencia significativa.

Los estudios citados muestran que la sociedad chilena, a pesar de la apariencia, posee rasgos pre-modernos muy arraigados que han impedido su avance modernizador a la velocidad que algunos esperaban. La persistencia de una comprensión pre-moderna en las esferas del trabajo y de la política, por nombrar las que consideramos importantes en esta discusión, impiden el desarrollo de la confianza que se requiere, en una sociedad moderna, en el desempeño de los roles. La profunda desconfianza en las relaciones sociales pasa a ser un obstáculo en el proceso de modernización, estableciendo así una modernidad que es disfuncional al crecimiento económico y a una distribución equitativa de los recursos obtenidos. Otros estudios, del mismo período, referentes a la situación de intolerancia y discriminación confirman la presencia de actitudes pre-modernas, con altos grados de intolerancia y discriminación, frente a lo distinto y lo diferente en los otros (Fundación Ideas; 1997). Aquí, se ha percibido que el mundo evangélico comparte el grado de discriminación en intolerancia de los estratos bajos de la población chilena, los que son más altos que los de los otros sectores. En este caso, la pertenencia social y económica prima sobre la religiosa, reforzando los aspectos negativos que existen en grupos minoritarios de toda índole.

Todo esto viene a colación ya que vemos, entonces, con la perspectiva de más largo plazo, que la división de 1909, fue producto de una concurrencia de factores que pusieron en pugna el proyecto modernizador importado con la actitud pre-moderna, que persistía y se reproducía en los sectores bajos y

medios emergentes, de la sociedad chilena. Los intentos de mejoramiento social y económico se han manifestado, no tanto por la búsqueda de transformación en lo productivo, sino en el reparto para consumo. Esto, a pesar de la retórica discursiva orientada al llamado a cambiar las estructuras.

El proyecto modernizador importado por el metodismo, basado en el aporte educacional, no alcanzó a producir una transformación en la perspectiva imperante a pesar del apoyo de sectores de la sociedad chilena. La introducción de la educación de la mujer, y la preparación para el trabajo en servicios de apoyo al sector primario minero y el comercio, no bastaron para producir los cambios deseados y buscados. La división no fue un caso de oposición entre lo nacional y lo extranjero, como lo han expresado algunos estudios, sino entre un proyecto modernizador y la resistencia al mismo. Las desconfianzas mutuas, de las cuales tenemos antecedentes, se agrandaron a través del tiempo, lo que llevó a la separación que se hizo inevitable.

No haremos aquí los paralelos históricos que se dieron con otros movimientos en lo social y lo político, en la misma época. Sin embargo, todos ellos en su respectivo campo de acción, buscaron responder al desafío de una modernización compuesta de variados elementos resumidos en la urbanización, la industrialización y conocimiento tecnológico y científico. Lo interesante del caso es que en esta parte del mundo en vez de establecer la indiferencia religiosa, característica de las sociedades secularizadas, más bien se organizó una respuesta de expresión religiosa que asumió el desafío de la modernidad. El mundo evangélico se transformó en un movimiento que no buscó la expansión de una denominación en particular, sino que se buscaba llegar a toda la sociedad con un mensaje abarcador de sentido, resumido en la expresión "*Chile para Cristo*". A su vez, este movimiento experimentó su crecimiento más notorio en los momentos de crisis social que ha atravesado el país durante el último siglo. Es notorio su crecimiento a partir de la década de 1930, donde se produjeron una serie de cambios que hicieron pasar al país de condición rural a una urbana. Esta nueva fisonomía era producto de cambios económicos y políticos de gran envergadura, que alimentaron un optimismo racional respecto a las posibilidades de la modernización.

La bifurcación de los sectores bajos en un movimiento religioso pentecostal y un movimiento obrero, marcó el desarrollo histórico del país para las grandes mayorías, impidiendo la asimilación y articulación de esta racionalidad de lo moderno, para los fines de un cambio efectivo de la sociedad. Aquí no se

trata de asignar culpas, o de establecer qué habría sido mejor o peor. Se trata de entender lo acontecido para llegar a una comprensión de lo acontecido sin parámetros preestablecidos. Aunque hubo momentos de cooperación a través del trabajo mancomunado de algunos personeros representativos, la desconfianza en el desempeño de los respectivos roles impidió la consolidación de una alternativa modernizadora con cuña popular.

Todo lo anterior se acentúa al considerar el hecho, reconocido por todos, de que fue el Estado el que conformó a la sociedad chilena, a la inversa de lo acontecido en otras latitudes. Esto estableció condicionamientos particulares que atentaron contra el desarrollo de una sociedad civil. La debilidad de la sociedad civil, que se ha expresado en el desarrollo de muchos movimientos con escasa capacidad de institucionalización, es un componente más en la comprensión del papel que éstos han jugado en la historia del país.

El movimiento evangélico pentecostal, derivado del metodismo, heredó la tradición denominacional norteamericana que se estableció como réplica a la organización eclesial europea y que responde más bien a la experiencia de la llamada Reforma Radical. Entró, por esta herencia, en contradicción con la establecida por la religión oficial organizada en una estructura eclesiodemótica, que busca siempre la identificación entre la nación y la pertenencia religiosa (Matthes; 1971:60-61). De esta manera, se configuró una situación semejante a la experimentada por los llamados grupos disidentes en Europa. La denominación tiende más bien a la identificación con grupos de status, por lo que la tendencia es a que predomine uno de ellos al interior de la misma. También permite incluir, como organización, componentes de carácter regional e, incluso, étnicos. La denominación está, por lo tanto, estrechamente ligada a la estructuración social que se lleva a cabo en la sociedad (Giddens; 1982:157-174). El supuesto que aquí se establece es la existencia de una sociedad plural y con movilidad social ascendente y descendente. Al no darse esta condición, los grupos que quedan marginados de los procesos de integración social buscan sus propias bases de asociación, que se percibe como protesta frente a los arreglos que ha establecido la sociedad. Esta es la situación de la sociedad chilena que, organizada en grupos de status, más que en clases, estableció condicionamientos que impidieron abrir canales de movilidad social. Existió aquí una falta de voluntad política para establecer una sociedad pluralista, entendiendo esto como la incapacidad para reconocer que puede existir más

de un principio último al interior del modo de convivencia social (Chacón; 1992:21-26).

Al comparar la evolución del metodismo y el pentecostalismo, vemos que el primero buscó establecer una denominación que tuvo éxito frente a los artesanos y pequeños comerciantes, como también en atraer a los desplazados por los cambios económicos en los puertos y ciudades del país. Sin embargo, como la denominación sólo puede prosperar en una situación como la ya señalada, el proceso de integración social que favorece no pudo darse como tal. Como denominación no pudo resistir esta prueba de inserción, por lo que crea condiciones para el surgimiento del movimiento pentecostal en su interior. Esta agrupación que surge mantiene su carácter de movimiento, con las particularidades que tienen en el caso chileno (caudillismo, divisionismo, baja institucionalización, autoritarismo), lo que ha permitido tanto su proliferación como su arraigo zonal, fácilmente identificables. La tentación de transformar el movimiento en denominación se ha agudizado en el último tiempo, lo que produce una gran tensión en su interior. El afán de institucionalizarse frente la organización eclesiodemótica existente, para competir en su campo, ejerce una atracción irresistible pero que cuenta con escasas posibilidades de materializarse.

Posicionarse no es lo mismo que ser tolerado, por lo que la ambición debe ser mesurada por la realidad existente actualmente. Más que competir a nivel nacional, su fuerza radica en la expansión en los sectores populares y en las zonas donde puede gravitar por su peso numérico. Su fuerza entre el sector femenino (3 a 1 respecto a los varones) y en la juventud donde supera el porcentaje que le corresponde por población, permite visualizar una tarea que puede ser transformadora, participando en la construcción de una modernidad más responsable, más justa y más participativa. El que esto sea posible habrá que dejarlo al futuro. En el intertanto, buscar una comprensión más acabada de su sentido y origen es tarea más que suficiente.

BIBLIOGRAFÍA

- Araya, Eugenio. La posible imposibilidad, Crónicas históricas de iglesias evangélicas en Chile, Facultad Evangélica de Teología, Serie Historia, Corporación C.T.E.; Santiago, 1999.

- Chacón H, Arturo. Pluralismo religioso y modernidad en la sociedad chilena, *Revista de Sociología*, N° 6-7, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile; Santiago 1992. pp. 21-26.
- Fontaine Talavera, Arturo y Berger, Harold. Retrato del movimiento evangélico a la luz de las encuestas de opinión pública», *Estudios Públicos*, N° 44, Universidad Católica de Chile; Santiago, 1991.
- Fundación Ideas. Primera encuesta. Intolerancia y discriminación. Informe y análisis. Fundación Ideas, Departamento de Sociología, Universidad de Chile; Santiago, 1997.
- Giddens, Anthony. Class structuration and class consciousness. En *Classes, power and conflict*, Anthony Giddens y David Held (eds). University of California Press; Berkeley, 1982. Cap. 8, pp 157-174.
- Martín, David. El protestantismo radical en América Latina», Encuesta Mundial de Valores, MAR 1, 2000; Encuesta Nacional de Iglesia, Instituto de Sociología, Universidad Católica de Chile; Santiago, 2001.
- Matthes, Cf. Joachim. *Introducción a la sociología de la religión*. Alianza Editorial S.A., Madrid, Tomo II, págs. 60-61.
- Salinas C, Maximiliano. *Gracias a Dios que comí. Los orígenes del cristianismo en Iberoamérica y El Caribe, siglos XV-XX*. Ediciones Dabar; México, 2000.
- Sepúlveda, Juan. *De peregrinos a ciudadanos, Breve historia del cristianismo evangélico en Chile*, Facultad Evangélica de Teología, Fundación Konrad Adenauer; Santiago, 1999.
- Snow, y Florrie. *Historiografía de la Iglesia Metodista de Chile (1878-1918)*, 2 tomos, Ediciones Metodistas; Santiago, 1999.